



CUANDO VINO  
JOHN HENRY NEWMAN

P. Enrique Santayana C.O.  
22 de febrero de 2019  
Oratorio de San Felipe Neri de Alcalá de Henares

«Heme aquí en mis habitaciones de Oriel College, tutor, párroco y fellow, habiendo sufrido mucho y avanzado lentamente hacia lo bueno y lo santo, llevado a ciegas por la mano de Dios y sien saber hacia dónde me dirige»

John Henry Newman

# CUANDO VINO

## JOHN HENRY NEWMAN

Me dispongo a escribir estos recuerdos como el que hace un acto de justicia y una oración. En los últimos días todo parece hablar de Newman. Ayer mismo recordábamos su nacimiento el 21 de febrero de 1801 en Londres. Unos días antes nos hemos alegrado, sólo Dios sabe cuánto, por el reconocimiento del milagro que abre la puerta de su canonización. Con todas estas cosas, tras años de leer sus textos, de estudiar y rezar con ellos, mi memoria se vuelve a los primeros días, cuando llegó hasta nosotros y se puso a caminar justo «un paso por delante del nuestro», indicándonos el camino.

Me encontraba en el salón de la casa parroquial de Torrejón de Velasco, sentado en la mesa, leyendo la biografía de José Morales sobre el británico. Era una mañana de sol. A la izquierda, en un sillón, el padre Julio pasaba uno de los muchos días en los que aquel año tuvo que padecer la enfermedad. Un buen amigo, que conservaba desde mi paso fugaz por la Complutense, le había regalado un libro que recopilaba algunas cartas y textos autobiográficos del ahora beato y creo recordar que lo tenía entre las manos en ese momento.

Pocos meses antes Newman era un desconocido, pero en aquellos días compaginaba la lectura de la biografía con el estudio de algunos de los Sermones universitarios. Siguiendo al padre Morales había leído el proceso de la segunda conversión de Newman, su estancia en Roma, su ordenación sacerdotal y su acercamiento a san Felipe Neri y al Oratorio. Newman fue

recibido en la Iglesia católica romana el 9 de octubre de 1845. No había hecho solo el camino hasta Roma, lo había compartido con un buen número de hombres del Movimiento de Oxford y con algunos de ellos había iniciado una forma de vida común en Littlemore. Algunos de esos hombres dieron el paso a Roma antes que él, otros después.

En octubre de 1846 llega con Ambrose St. John a la ciudad de Roma para completar estudios de teología católica y ser ordenado sacerdote. Estos y otros asuntos ocupaban la atención de Newman durante su estancia en la ciudad eterna. Una de sus preocupaciones era la acogida entre los teólogos católicos del *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina católica* (publicado en diciembre de 1845). Sin embargo, uno de los asuntos que más le urgía era encontrar el modo concreto en que él y sus amigos debían servir a Dios en el sacerdocio. Le parecía que estaba obligado a una forma de vida sacerdotal que preservase y desarrollase la vida común que había comenzado en Littlemore. El 15 de enero de 1847 ya habían tomado la decisión de convertirse en oratorianos.

Tengo que confesar que cuando leí estas cosas en la biografía de Newman, tampoco sabía nada de san Felipe Neri y de su Oratorio.

Andaba ya deslumbrado y fascinado por Newman. Captaron mi atención unas palabras suyas de 1829 que aparecían en la biografía de Morales: «Heme aquí ahora en mis habitaciones de Oriel College, tutor, párroco y fellow, habiendo sufrido mucho y avanzado lentamente hacia lo bueno y lo santo, llevado a ciegas por la mano de Dios y sin saber hacia dónde me dirige». Cuanto más avanzaba la biografía, más claras y más llamativas se me hacían. Encontré en ellas una especie de descripción de lo que sería toda su vida, un continuo que después he escuchado resonar en su famoso himno «*Lead, kindly Light*» y en algunos de sus sermones, como el dedicado al rey David en el tercer volumen de sus *Sermones Parroquiales*. Pero cuando leí el proceso de su conversión y cómo llegó hasta san Felipe, encontré en esas palabras un punto de contacto entre la vida de Newman y la de los que vivíamos juntos, en ese momento en Torrejón de Velasco.

Muchos años atrás, en los años del Seminario, Julio, Alberto y yo habíamos comenzado un camino que nunca supimos dónde nos llevaría. Sabíamos que queríamos ser sacerdotes, vivir y trabajar juntos, ayudarnos en el camino de la santidad hasta el final de nuestros días. Con esta idea fuimos ordenados; Julio y yo en 1994, Alberto en 1995. Nunca tuvimos en mente fundar nada ni hacer nada extraordinario, solo ser sacerdotes, vivir juntos hasta el final y caminar hacia la santidad. Nada más. Hasta el momento en el que nos encontrábamos habíamos pasado por muchos sufrimientos y obstáculos. Los de fuera nos habían acusado de lavar el cerebro a los jóvenes. En concreto, Julio había sido denunciado ante la policía y ante el defensor del menor y su nombre había sido difamado en los medios de comunicación. Los de dentro, nuestros superiores, nos obsequiaron con la indiferencia. Al principio, también ellos obstaculizaron activamente aquella idea con la que nos mostrábamos, aunque en cierto sentido, mirándolo desde lejos casi me parece normal. Pero nos mostramos útiles en nuestro servicio sacerdotal, cumplíamos una misión, y llegaron a estimarnos por nuestros servicios y a tolerarnos como «grupo». Mientras tanto algunos más se unieron a nuestra vida común: Enrique Alonso, Pedro, Jonatan y Raúl, éste último permaneció como laico. Más tarde vinieron otros.

Vuelvo ahora a aquella mañana en la que estaba sentado en la mesa leyendo la biografía del padre Morales y Julio estaba en el sillón a la izquierda en el salón de la casa de Torrejón. Me volví a él y le conté lo que estaba leyendo. Así, sencillamente, se abrió ante nuestros ojos la idea del Oratorio, un lugar donde preservar y desarrollar la vida que habíamos comenzado tantos años atrás, con la certeza de haber sido llamados por Dios, después de haber sufrido y sin saber dónde el Señor nos llevaría. Julio enseguida llamó a Pedro para que buscara información sobre la Congregación del Oratorio y así empezamos a leer algunas cosas sobre san Felipe y el Oratorio. Hicimos varias llamadas a algunas casas de España, pero no obtuvimos respuesta. Llamamos a Roma y providencialmente contactamos directamente con el padre Edoardo Cerrato, que entonces era el procurador general y hoy obispo de Ivrea. Creo que nadie podía habernos atendido como lo hizo él. Por la fiesta de la Cátedra de san Pedro de ese mismo año de 2006

estaba en nuestra casa. Se sorprendió de que llevásemos 22 años de vida común, sin más vínculo que el de la caridad. Hicimos de aquel asunto el objeto de nuestra reflexión y durante un tiempo le pedimos intensamente luz a Dios. El 13 de junio enviamos una carta a nuestro obispo pidiéndole permiso para constituirnos como “casa en formación”, la respuesta afirmativa llegó en octubre de ese mismo año. En poco tiempo la Santa Sede nos constituyó como Congregación del Oratorio de Getafe. El rescripto lo firmó Benedicto XVI el 26 de mayo de 2009. Al año siguiente estábamos en Inglaterra con un buen número de laicos para la beatificación de Newman.

Cómo la Congregación del Oratorio de Getafe llegó a Alcalá es otra historia, que ahora no hace al caso. Sólo quería recordar y dejar escrito cómo el beato cardenal Newman llegó y se puso a caminar «justo un paso por delante de nosotros». Pido a Dios que por su intercesión nos mantengamos fieles en este camino hasta el final.

A continuación pongo aquí las palabras del padre Julio en el acto de recepción del rescripto por el que la Santa Sede nos erigió en Congregación del Oratorio. Eso fue en octubre de 2009. El padre Julio fue el prepósito de la entonces Congregación de Getafe y es actualmente el prepósito de la Congregación de Alcalá.

Estas fueron las palabras del padre Julio:

**E**s el momento de dar gracias a Dios.

**L**a celebración de la Eucaristía centra nuestra atención en lo que realmente es objeto de nuestra acción de gracias, no otra cosa que la actualidad de la persona y de la obra de Cristo. No hay nada realmente importante fuera de él. Él es la verdadera causa de nuestra acción de gracias. «Cristo es todo para nosotros y todo lo tenemos en él».

Desde el principio, desde que tres seminaristas del Seminario de Madrid fuimos unidos por Dios en el camino que hoy nos ha traído hasta aquí, hemos vivido con la certeza de que el único objeto de nuestra vida era amar a aquel que se entregó por nosotros. El amor de Cristo por nosotros es el único comienzo de nuestro camino y es también su único fin. Damos gracias a Dios por este amor, por su Hijo. «Él lo es todo para nosotros, todo lo tenemos en él»: Él, que se ofreció realmente en la cruz; Él, que resucitado y glorioso es nuestro destino; Él, que vivo en la Iglesia es nuestro bien actual, “no diferido, sino presente” (por usar palabras de san Bernardo de Claraval).

Sólo la grandeza inconmensurable de Cristo y de nuestro espíritu modelado a su imagen pueden hacernos entender que él sea, primero, quien ya se nos ha dado completamente en la historia; segundo, nuestro bien presente; tercero, la meta hacia la que corremos, el objeto de nuestros deseos, de nuestros anhelos y de nuestras luchas.

Los tres más viejos, nos unimos, antes del año 1992, con esta idea central sobre Cristo, para ayudarnos a recorrer el camino hacia él. No nos unía ninguna otra cosa, sólo el deseo de responder al amor de Cristo. Y, desde el principio, mucho antes de conocer a san Felipe Neri, entendimos que este camino era para siempre. No sabíamos qué sería de nosotros, ni qué nos pediría Dios, ni qué suerte correríamos. Pero tuvimos la certeza de que Dios nos llamaba a caminar juntos hasta el fin. Y solamente Dios y el testimonio de los santos nos sirvieron entonces de ayuda. Hasta ese momento, a otros tenemos que agradecer el habernos llevado hasta Cristo. Pero desde el momento en que nos unimos para dar respuesta al amor de Dios, toda nuestra vida, hasta el día de hoy, ha sido una lucha por mantener nuestra comunión y la dirección de nuestro camino.

Algunas personas nos han ayudado. Podría decir sus nombres ahora porque tardaría poco, no lo hago por pudor. Pero lo cierto es que, cercanos y lejanos, de dentro y de fuera, todos se sintieron con la autoridad y el deber para aconsejarnos menos fervor, para limitar nuestra comunión, o, sencillamente, para hacer todo lo posible por separarnos. Con todo, algunos más se unieron a nosotros.

Doy gracias a Dios, damos gracias a Dios, porque él mostró su fortaleza en medio de tantas luchas. La presencia de Cristo, vivo y presente, nos mantuvo en pie. Nos ayudó el testimonio de los santos. Y quiero dar gracias a Dios especialmente por dos de ellos, que en los primeros años marcaron nuestro camino: san Agustín y santa Teresa de Jesús.

Y damos gracias a Dios porque después de 14 años apareció de repente en nuestro camino uno de estos hombres que respiran santidad y al que esperamos ver pronto en los altares: el venerable John Henry Newman. Cuando él apareció fue como si nuestro camino entroncase con el suyo. Dios providente y misericordioso puso a un gigante de la fe justo un paso por delante de nosotros. Él nos ha traído hasta san Felipe y hasta la Congregación del Oratorio.

Llegar a este punto ha supuesto el momento más gozoso desde que empezamos a caminar juntos. Primero porque al acercarnos a san Felipe escuchamos aquello que llevábamos en el corazón desde el inicio, el aprecio por la persona de Jesús, por encima de todo. Esto no era original de san Felipe. Ya lo vimos antes en san Ambrosio, en san Agustín, en san Bernardo, en santa Teresa... Pero ahora este aprecio por Cristo se conjugaba con el camino concreto para ir de Cristo hasta Cristo, el camino de la comunión fraterna hasta la muerte, el que Dios había inspirado en nosotros y casi todos estaban dispuestos a limitar o a cercenar.

Gracias a Dios, que nos ha hecho perseverar.



**G**loria, alabanza y adoración sólo a ti, Señor.

**T**ú, que has ensanchado nuestro corazón en tu amor y nos has dado el Espíritu filial, recibe, por tu Hijo, nuestra acción de gracias.

**G**loria y alabanza a ti, Señor, por habernos llamado a ti.

**G**loria y alabanza a ti, Señor, por tu Hijo Jesús.

**G**loria y alabanza a ti, Señor, por la Iglesia, nuestra madre.

**G**loria y alabanza a ti, Señor, por la comunión que nos has dado.

**G**loria y alabanza a ti, Señor, por el camino por el que misteriosamente nos has traído.

**G**loria y alabanza a ti, Señor, por su siervo John Henry Newman, por San Felipe y por el Oratorio. A ti nuestro agradecimiento por habernos traído a la casa de san Felipe, donde respiramos con libertad de su espíritu.

**G**loria y alabanza a ti, Señor, por la Iglesia, nuestra madre, que ha reconocido en nosotros el espíritu san Felipe y nos ha constituido como una de sus casas.

**P**ermítenos, Señor, mantenernos atentos siempre a tu llamada, firmes en la comunión que nos has dado, expectantes de llegar a ti.

**D**anos la gracia incomparable de alcanzar nuestra meta, de unirnos definitivamente a tu Hijo y con él adorarte eternamente en la comunión del Espíritu Santo.

**A** ti la gloria por los siglos de los siglos.

**A**mén.

CONGREGACIÓN DEL ORATORIO

FELIPE  
FENRI

ALCALÁ DE HENARES